

tes permitió tanto a Martínez Millán como a Imízcoz o a Dedieu desarrollar un amplio marco de estudio de la familia, las elites y el poder.

En definitiva, y a modo de conclusión, *Els capítols matrimonials. Una font per a la Història Social*, coordinado por Rosa Ros, es una obra muy bien equilibrada, que desarrolla de una forma muy notable los objetivos propuestos: ilustrar a los investigadores del uso de esta fuente histórica, de la evolución del documento a lo largo de las centu-

rias, de su estructura interna a través de la explicación directa de las cláusulas de las que se compone. Analiza, y explica pormenorizadamente, desde las virtudes de la serie hasta los problemas de carácter metodológico de su uso. Pero sobre todo, nos brindan la oportunidad de conocer, valorar y apreciar en su justa medida los capítulos matrimoniales como una fuente tremendamente valiosa para perfilar la evolución de la familia y el control sobre la tierra.

Antoni Picazo Muntaner
Universitat de les Illes Balears
a.picazo@uib.cat

JONGE, Krista de, GARCÍA, Bernardo y ESTEBAN, Alicia (coords.): **El Legado de Borgoña. Fiesta y ceremonia cortesana en la Europa de los Austrias**. Madrid, Fundación Carlos de Amberes, 2010, 708 págs., ISBN 978-84-87369-64-3.

El libro reúne la recolección de los trabajos presentados en el VIII Seminario Internacional de Historia, celebrado en la Fundación Carlos de Amberes, entre el 28 de noviembre y el 1 de diciembre de 2007. Estudia la influencia de una determinada cultura nobiliaria en la Europa de la Edad Moderna, afectada por la estela de la orden del Toisón de Oro y en el tránsito a transformarse en nobleza curial al servicio del absolutismo monárquico. No se trata de un estudio estricto de las casas reales donde se implantó la etiqueta de Borgoña sino de una reflexión transversal que, dentro de estudios concretos, nos lleva en un viaje de argonautas por las diferentes temáticas de este objeto de estudio.

El volumen recorre el desarrollo del legado de Borgoña durante dos siglos,

desde el año 1454, fecha de la celebración del banquete de los votos del faisán en la corte de Felipe el Bueno (Marie-Thérèse Caron) hasta bien entrado el siglo XVII. Un largo periodo que marca la vida cortesana de los Habsburgos españoles y austriacos (Jeroen Duindam). Lo que comenzó siendo un proyecto de cruzada, se transformó, en un modelo reglado de convivencia cortesana, en una gramática de formas ceremoniales que servía para subrayar el poder del príncipe, promover la legitimidad de sus pretensiones imperiales y articular la relación de la corona con sus elites nobiliarias y ciudadanas, en su mayor parte plurinacionales. Se dibujaba un modelo de comportamiento ritualizado que afectaba desde las relaciones corporales de los miembros de la corte, entre sí y con el príncipe, a

las del propio conjunto de las élites con el resto de la sociedad. En un microcosmos simbólico, se delimita un gran escenario de danza grupal, se conforma un espacio cortesano que debe ser reordenado y adaptado a las nuevas concepciones con importantes innovaciones arquitectónicas (Krista de Jonge, Agustín Bustamante García, Almudena Pérez de Tudela).

Detrás del mito del Toisón hay una pretensión de renovación universal, de búsqueda de una pretendida Edad de Oro revivida (Elena Postigo). Detrás de cada actitud y cada gesto cortesano se desarrolla una tensión ceremonial que afecta al comportamiento cotidiano de las élites (Rafael Domínguez Casas, Bernardo J. García García). Pero, sobre todo, la gramática instaurada con la etiqueta borgoñona supone fundamentalmente la idea de una continuidad dinástica que, comenzada en las tierras de los duques de borgoña, afecta sobre todo a la construcción, invención y expansión de la grandeza de España concebida como imperio universal (Alicia Esteban Estríngana).

La representación del poder es la matriz central que da sentido a la etiqueta de Borgoña. Determinar la representación, evidenciarla majestuosamente a través de la fiesta y la ceremonia, describirla finalmente para mostrar su eclosión triunfante y constituir la en magisterio de actuaciones sucesivas. Esta relación genética entre teoría y práctica se desarrolla a lo largo de estos dos siglos mediante una producción bibliográfica que va desde las normas que determinan los comportamientos en diferentes reinos y variadas situaciones a los libros e imágenes que relatan o reinventan las ceremonias y fiestas, donde se reflejan estos dictámenes. El príncipe se inventa a través de la

etiqueta pero, al mismo tiempo, es descrito y determinado por ella.

Consecuentemente, la representación del poder también se convierte en una prisión para el propio actor. El protagonista de esta maquinaria vive condicionado por los ritos de paso que le afectan como ser vivo, por los acontecimientos vitales de su existencia como soberano y, finalmente, por su propia, santificada y dramatizada muerte que se expresa en los efímeros catafalcos donde se canta la trascendencia del personaje casi divino en contraste con la podredumbre corporal de su condición humana (Margit Thofner, José Jaime García-Bernal). Pero esto no significa que nos encontremos ante un monigote incomprensible movido por los hilos de un poder anónimo. Los autores huyen de un monarca convertido en un robot (Apostolides) o de las exigencias atemporales de una etiqueta que se impondría como un *continuum* opresivo (Giesey), mostrando por el contrario la flexibilidad y la permeabilidad de la etiqueta que se adapta a situaciones, comportamientos y actitudes bien diferentes.

En este espacio representativo de la Edad Moderna se produce toda una revolución de ideas y conceptos, de modos de vida y comportamientos cotidianos. El cambio de los contenidos semánticos de «noble», «virtud», «valor»... que se da en la cultura caballeresca y en la corte se vehicula a través de la fiesta y la ceremonia. Ese imaginario caballeresco que se había formado en las cortes medievales tardías, desemboca en una domesticación de la feudalidad convertida en personaje actuante y controlado de este ballet ceremonial y procesional (Eric Bousmar, Veronika Sandbichler). Nos encontramos asimismo ante la paradójica

invención de un rey guerrero ideal en el mismo momento en que el monarca, físicamente real, se aleja por razones técnicas de los campos de batalla (Pierre Terjanian) y se encierra en un espacio sagrado de gran parecido con el «soberano oculto» de otros sistemas de representación de poder, un monarca que eclosiona en competencia absolutamente desleal con la representación del poder religioso del que roba toda la morfología y gestualidad de la relación con lo trascendente.

La fiesta es el punto nodal de la organización cortesana durante este periodo: es el momento del pacto entre el monarca y su pueblo, entre el príncipe y las élites, entre el poder civil y el eclesiástico. La fiesta ordena el caos en unas ordenadas y procesionales jerarquías que contemplan y se contemplan para evidenciar la armonía de las relaciones sociales y el pacto del poder con sus súbditos. La fiesta articula, canaliza y soluciona —sea idealmente— las tensiones sociales al mismo tiempo que visibiliza los cambios en la estructura interna del poder. El poder ofrece en la fiesta un espectáculo y se ofrece como espectáculo. La diferencia de la Edad Moderna, cumbre del teatro como forma de entender el cosmos social (Philippe Bossier), es este papel dramático constante que conmueve las élites. Frente a la revuelta o la contestación, la corte opone exitosamente el arte efímero de la representación en la fiesta y la ceremonia ciudadana. La publicidad se realiza a través de la fiesta y la ceremonia (Paul Vandebroek, Annemarie Jordan Gschwend, Werner Thomas, Sabine Van Sprang), de la procesión cívica y religiosa, de la recepción de embajadores y viajeros (Simona Brunetti), de la representación triunfante del príncipe ausente en

los territorios gobernados por delegación (Sabina de Cavi, Alicia Esteban Estríngana).

Esta colección de estudios nos sitúa en un renovado marco epistemológico frente a uno de los más apasionantes y esclarecedores objetos de estudio de la Edad Moderna. Queda lejano el tiempo en que se debía justificar la presencia de la fiesta como objeto de estudio histórico y por fin se ha superado también el estudio de la fiesta y la ceremonia como un adorno inevitable y curioso de otros comportamientos del poder, o peor, como una muestra de la «teatralidad» de una época. También se han dejado de lado esos estudios economicistas que intentaban fiscalizar las Casas Reales con un «presentismo» agobiante, envolviéndonos en múltiples y bien inútiles listas de gastos y deudas sin comprender la razón del lujo que, subliminalmente, denostaban.

En el estudio de la publicidad representativa, al que este volumen contribuye de forma meridiana, aún quedan muchos muros que romper. Es necesario enmarcar el modelo habermasiano de construcción de la opinión pública en un periodo más amplio para liberarlo de su definición constriñente del espacio político, olvidando la construcción de estos espacios públicos de la etapa moderna de la representación. La publicidad representativa —efímera, oral-gestual, un fuego de artificio aparente— es el sostén fundamental de la legitimidad del poder en la época moderna y, al mismo tiempo, modela un espacio inédito, un cambio de mentalidad de las élites y una aculturación general de las nuevas capas burguesas, gracias a los productos impresos en que refleja y traduce —mediante los especialistas eruditos y humanistas— la cosmovisión que proyectan estas fiestas.

También es hora de situar en su justo lugar y revisar el modelo propuesto por Norbert Elias en la corte como «laboratorio de costumbres». En primer lugar, para liberarlo de su etnocentrismo evidente al contemplar cómo el sistema cortesano europeo se comporta de forma muy parecida a otros sistemas en que el poder se refugia en un espacio sagrado y delimitado, donde el soberano pacta un modelo representativo con las élites. La investigación realizada sobre las cortes extraeuropeas comienza a ser impresionante en este sentido. Y nos asombra por la aplicación sistémica de fórmulas muy parecidas. La diferencia, la excepción europea, estriba en los nuevos mecanismos de comunicación de que se ha dotado el espacio continental y la dura competencia entre diversas cortes, en vez de constituir una sola corte imperial.

Estos dos fenómenos aún están por articular en una teoría que supere el fantástico modelo de Norbert Elias, excesivamente versallesco, y los formalistas modelos anglosajones, que caen en una psicología conductista bastante simple donde la forma-etiqueta domina el mensaje-contenido. Por el contrario, los artículos del «legado de Borgoña» reunidos en este volumen, obvian este falso invento de Versalles y, al mismo tiempo, rompen con la escuela formalista al resaltar de manera clara el pragmatismo de esta gramática que se articula en lenguajes diferentes según los

espacios en que se expande, según los príncipes o representantes del príncipe que la interpretan o según los momentos históricos en que se realiza la representación.

Las cortes europeas, con su concurrencia y su emulación, provocan un espacio inédito con unas redes de comunicación bien trabadas en el continente que les informan y les previenen de los avances de sus competidores. La fiesta y la ceremonia son el espacio de presentación y re-presentación, de reconocimiento y señalización, de modelación y educación del cuerpo y la palabra. Los cortesanos aprenden a comportarse como cortesanos, los soberanos a ser majestuosos —incluso cuando no lo pretenden o rompen el protocolo, porque revelan el aspecto humano del ser divino que encarnan o cuando se encuentran de «incógnito», figura que se merecería otro congreso—, los ciudadanos aprenden asimismo a ser espectadores de un espectáculo del poder en que también son parte de la coreografía y participantes jubilosos de la trascendencia del momento. El Legado de Borgoña nos muestra una cesura epistemológica del poder en un espacio y en una época determinada. Queda por realizar el enmarque de este legado y de estos microcosmos cortesanos en una macrovisión a nivel mundial y su estudio de larga duración como continuidad de la representación del poder.

José María Perceval

Universidad Autónoma de Barcelona
josepmaria.perceval@uab.cat